

V
92
O
F
C
R
-

[Faint handwritten text, possibly bleed-through from the reverse side]



**FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ**

**CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.**

F1233.03
R83
1882

INTRODUCCION.

El deseo de contribuir con una ofrenda de gratitud a la memoria del Sr. Ocampo, en el aniversario de su muerte, que el 3 de Junio de este año se celebró en el Colegio civil; me hizo escribir a toda prisa un bosquejo biográfico del filósofo michoacano.

Mucho tiempo hacia que deseaba consagrarme a este trabajo. a fin de que fuera conocida de todos, una vida tan fecunda para la historia del país, como tan tierna y bienhechora para la juventud.

Después de publicado el *Bosquejo*, que no fué más que un ensayo de este trabajo, reuní mayores datos; consulté documentos oficiales; estudié la historia de nuestras últimas revoluciones, en el pensamiento político de las cuales tuvo el Sr. Ocampo un participio tan directo y una iniciativa tan eficaz, y finalmente, me aproveché de muchas noticias que me fueron ministradas por los amigos íntimos del filósofo. Así es que, aunque imperfecto en cuanto a la forma el estudio que hoy publico, puede considerarse completo y exacto en lo que ve a la narración de los hechos.

He dedicado mi trabajo a los jóvenes alumnos del colegio civil, porque ellos son el porvenir de Michoacan; porque Ocampo viviendo los llamó sus hijos, y porque para ellos fué el último pensamiento del mártir, al pasar de esta vida al cielo de la inmortalidad.

¡Ojalá que sepan corresponder con sus afanes y con su patriotismo a esa espresion de un noble y santo afecto!

EDUARDO RUIZ.

Morelia, Diciembre 12 de 1875.

La historia de los hombres filántropos es siempre sencilla y apacible. Le faltan las peripecias, las agitaciones, las aventuras que hacen interesante la de los que se han distinguido por las armas, por las exploraciones audaces ó por empresas arriesgadas.

La vida del guerrero es el curso del torrente que se despeña de los montes, desgajando árboles y arrollando los obstáculos que se presentan a su paso; en tanto que la existencia del sabio es la mansa corriente de un arroyo que va tranquila, fecundando la tierra y haciendo brotar flo-

res por donde la vista solo contemplaba un desierto árido y triste.

A veces sin embargo, el hombre que por su ciencia se consagra a servir a la humanidad, aunque extraño a los horrores de la guerra, suele ser víctima de las pasiones políticas, sólo porque proclama sus ideas a la sombra de una bandera bienhechora: a su lado ruje la tempestad de la envidia que, impotente para producir el bien, es por desgracia harto poderosa para sembrar la muerte con su hálito de destrucción.

Sócrates, Tomas Morus y tantos otros insignes filósofos que no tenían más delito que soñar en la felicidad del mundo, cuando el mundo ni la comprendía ni hubiera querido aceptarla, son el ejemplo de esta triste verdad.

México; nación jóven, nación llena de sufrimientos y víctima de los vaivenes políticos en los primeros años de su existencia como cuerpo social independiente, nos ofrece en la vida de Ocampo, una prueba más de que el espíritu de partido, insaciable como el dios fatal del paganismo, devora á sus propios hijos en una hora de criminal despecho y de funesta impotencia.

¿Quiénes fueron los padres de Ocampo? Una discreción respetuosa, un acatamiento al silencio

que sobre este particular se impuso siempre el mártir de Tepeji del Rio, nos veda decirlo. Baste sólo saber que su nacimiento fué el fruto de amores ya que no legítimos, sí limpios de todo crimen. Su nombre debe estar registrado en una de las parroquias de la capital de la república, allá por el año de 1815. Su apellido, que no fué para él herencia de nadie, es hoy una de las glorias nacionales, un timbre de esa nobleza que llega un hombre ilustre a la historia de su país.

Fué su madrina de bautismo la señora doña Francisca Tápia, dueña de la hacienda de Pateo en los alrededores del pintoresco pueblo de Maravatío. Aquella mujer, de una alma ardiente y generosa, dedicó toda su vida a la educación del jóven Ocampo. Niño, le llevó á su lado; y allí, en las márgenes del fecundo Lerma, en aquellas poéticas colinas, en donde una Ceres exuberante premia cada año los trabajos del labrador, Ocampo imprimió a su alma el sello de un amor sin límites por la ciencia agrícola, que fué durante su vida su única pasión favorita, el elemento más poderoso que tuvo "*para hacer á sus semejantes todo el bien posible.*"

En los primeros años de su permanencia en Pateo, aquel niño grave y meditabundo, se diver-

tía jugando á los jardines, á las siembras, á las tomas de agua, á las nivelaciones de terrenos. Los peones le miraban con respeto, y su madrina entreveía para él un porvenir lleno de calma y bienestar, como es la vida que corre en el campo, agena a los trastornos políticos, dulce y dichoso estado que hizo decir á Fray Luis de Leon:

¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!

¡Ay! aquella tierra madre no sabia que la muerte, guiada por la mano de un asesino, vendria a arrancar un dia a su hijo adoptivo de aquellas fértiles praderas, de aquel sonoro rio, de aquel tranquilo lago, de aquel espeso y misterioso bosque, para conducirlo friamente al cadalso.

*
* *

El niño Ocampo marchó a México, y allí bajo el cuidado y vigilancia de su tutor el Lic. D. Ignacio Alas, entró a la escuela; era este un buen establecimiento, situado en la Calle de la Aduana

Vieja, bajo la direccion de un respetable é instruido maestro.

Por esos dias, la Nacion habia recobrado su independencia, y en todas partes se respiraba el deseado ambiente de la libertad. Una vida social, preñada de esperanzas, comenzaba para el país; y aunque imperfectos, los principios del alma democracia, saturaban las conversaciones particulares, las lecciones de la escuela y los estudios del colegio. El púlpito mismo hacía resonar las bóvedas del templo con los himnos de la victoria de un pueblo. He aquí las impresiones primeras del corazon de aquel niño. Desde entonces su existencia estuvo siempre consagrada a su patria, desde entonces guardó inextinguible en el pecho el fuego de un santo patriotismo.

El seminario conciliar de Morelia era en aquel tiempo el mejor plantel de instruccion de toda la República. Habia entónces en esta ciudad un clero instruido, laborioso, liberal, que llenaba con su prestigio las aulas del colegio. Afluía de todas partes la juventud mexicana que escuchaba de los lábios de los maestros, los principios republicanos, que constituian el credo político de la época, época como se ha dicho, llena de esperanzas, no manchada todavía con los mezquinos

intereses que más tarde se desataron como un huracán sobre la desgraciada patria. Nada extraño es en consecuencia que de este instituto clerical hayan salido grandes notabilidades del partido demócrata a desempeñar altos puestos en la Federación y en los Estados.

Hemos entrado en estos pormenores, porque influyen también en la vida de nuestro Ocampo que habiendo regresado de México, después de concluir sus estudios en la escuela, hizo en el Seminario de esta ciudad una brillante carrera, ocupando siempre los primeros lugares, respetado siempre de sus compañeros y considerado por los superiores de la casa.—Silencioso y meditabundo por naturaleza, se mantenía por encima de las burlas del colegial; pero cuando al quien quería molestarlo, disparaba sobre él una sátira terrible, a la vez que finísima, consiguiendo el doble objeto de alejar al importuno y de no captarse un enemigo. Conocemos nosotros algunos de sus agudos chistes; pero los callamos, porque viven todavía las personas contra quienes fueron dirigidos.

Sin embargo del esplendor del Seminario y de su bien adquirida fama, la ambición del saber no tenía en aquel tiempo más horizontes que la pro-

fesión del abogado ó el estado eclesiástico. El Sr. Ocampo siguió el estudio de las leyes hasta obtener el título de bachiller en derecho. Entonces volvió á México para hacer la práctica en el bufete de un abogado distinguido.

*
* *

No pasaremos adelante sin contar un detalle de su carácter que influyó decisivamente en el porvenir de su carrera.

La Sra. Tapia había muerto, nombrándole su heredero universal y haciéndole especial encargo de que continuase hasta su conclusión un negocio judicial a que estaba afecta la hacienda de Pateo. El pleito se seguía contra un coheredero de la testadora: se hallaba en estado de sentencia y era inconcuso que se obtendría un éxito favorable para el Sr. Ocampo. Cuando este vino de México, se informó de los derechos de su contrario y persuadido de que, cualesquiera que hubiesen sido los errores en la tramitación del juicio, en el fondo, la justicia no estaba de su lado, con-

tra la opinion y los deseos del abogado de la testamentaria, el Sr. Ocampo transigió el negocio y reconoció en su finca a favor del reclamante un capital de veintisiete mil pesos.

El Sr. Ocampo no quiso concluir yá la carrera de abogado y se entregó con decidido empeño a los estudios de botánica, química, astronomía, idiomas y agricultura por los cuales tenía una predileccion llena de entusiasmo y de constancia. Entónces fue cuando adquirió los sólidos conocimientos en esas ciencias, que le grangearon en el país y en el extranjero su reputacion de sábio naturalista.

Así iba corriendo tranquila en México la vida del Sr. Ocampo, agena a los embates de la política, no porque los destinos de su país le fuesen indiferentes, sino porque, extraño a la administracion y enemigo del derramamiento de sangre, en aquellos tiempos en que los campos de batalla eran los que decidian no sólo de la suerte del país, sino de la marcha de los gobiernos; quería abrir nuevos senderos a los que trabajaban por la felicidad de México, por medio de estudios útiles que, dando a conocer los productos naturales con que Dios dotó a esta tierra privilegiada, sirviesen para la explotacion de las riquezas y para el bienestar de los mexicanos.

Era la época en que se dieron á conoecer los primeros síntomas de separacion del importante territorio de Texas, cuya pérdida para México no se debe mas que a la intolerancia religiosa y a la política exclusivista del partido conservador. No faltaban entónces patriotas llenos de valor y de fe, que provocando la zaña del hombre funesto, por cuya causa tantas desmembraciones ha sufrido nuestro ántes riquísimo y estenso territorio, levantarán la voz en favor de los colonos de Texas, mas bien dicho, en favor de los intereses nacionales.—Uno de ellos fué el Sr. Martinez Caró que reveló a la Nacion Mexicana la oscura política de D. Antonio Lopez de Santa-Anna y sus vergonzosos procedimientos en la accion de San Jacinto. Su folleto provocó la cólera del partido dominante y la muerte del tolle-tista fue decretada. Una muerte misteriosa y traidora, segun la práctica de los hombres prominentes de ese partido.

Una noche se verificaba una tertulia de familia en la casa del Sr. Lic. Alas. Ocampo que habia asistido a la reunion, salió a desempeñar un encargo de la esposa de su antiguo tutor. En vano se esperó su regreso durante toda la noche, en vano se le buscó en su casa al dia siguiente: Ocampo habia desaparecido y fueron inútiles las

infatigables pesquisas que se hicieron para averiguar su paradero, hasta que un día, un amigo suyo, el Sr. Lic. D. Luis Couto, (a quien debemos la mayor parte de estos apuntes), recibió un papel sucio y ajado, en el que el Sr. Ocampo le avisaba, que al salir de la casa del Lic. Alas habia sido asaltado por unos hombres desconocidos, habia recibido dos heridas en el costado izquierdo y se le conducia por caminos estraviados, ignorando el destino de este viaje misterioso.

Vamos ahora a decir lo que habia pasado. Martinez Caro, el autor del folleto contra Santa-Ana tenia un completo parecido con el señor Ocampo, y los asesinos oficiales u oficiales, al herir a este último, creyeron herir a la víctima designada. Cuando hubieron conocido su engaño dieron aviso, y entonces..... habia que ocultar un crimen inútil. El señor Ocampo fué conducido a Veracruz, no faltó un nuevo Picaluga que llevase un pasajero, sin consultarle su voluntad, y el navío levó anclas y se perdió en las llanuras del Atlántico.

Antes de ser embarcado, un amigo suyo que casualmente se encontraba en Veracruz, le proporcionó algunos fondos que le fueron robados al llegar a L'Havre, en cuyo punto se le concedió

marchar libremente a donde quisiese. Así entró a Francia, solo, desconocido y sin dinero para vivir en aquel dispendioso país.

Ya en el extranjero, el señor Ocampo, sin proferir una queja contra sus agresores, avisó el punto de su residencia y pidió recursos, que le fueron enviados de su hacienda. Entre tanto le llegaban, se ocupó en hacer traducciones, viviendo con la pequeña suma que estas le producian.

Este viage imprevisto le sirvió para profundizar sus estudios en las ciencias naturales y para relacionarse con algunos sabios eminentes, que siempre le distinguieron con su amistad y que más tarde le propusieron é hicieron aceptar como miembro de algunas sociedades filantrópicas ó científicas.

Estuvo en París, visitó la Italia, admiró los portentos de la industria y la actividad del comercio en Inglaterra y gozó con la ingente fecundidad de las tierras africanas. Siempre estudiando en el gran libro de la naturaleza, de día en día atesoraba las riquezas de la ciencia, estudiaba los instrumentos agrícolas de Europa y veía las inteligentes prácticas de las labores del campo.

Cuando volvió a su país, se habia contraído

fuertes créditos por compra de libros y de útiles de labranza. Poco, y siendo muy niño, había permanecido el señor Ocampo en su hacienda de Patec, de modo que en realidad no era conocido ni de los dependientes de la finca ni de los vecinos que habitaban en los alrededores. Se le aguardaba mas bien con curiosidad por conocer al viajero que por ver al nuevo propietario. Tan raros eran en aquel tiempo los viajes a Europa, que esta sola circunstancia bastaba para que precediese a la llegada de Ocampo el prestigio de un interés, hasta cierto punto romanesco. Se sabía que era un agricultor consumado y que venía a implantar nuevas prácticas en el sistema rural. La rutina, siempre incrédula y envidiosa, hizo de esto, materia para burlas, que se acogían, sin embargo, con alguna reserva por los hombres instruidos de la comarca.

Así las cosas, una mañana se estendió la noticia de que el nuevo propietario de Pateo estaba en sus dominios. Todos espionaron una oportunidad para hablarle, y todos le hablaron y todos le respetaron y le quisieron cordialmente. A los dueños de fincas circunvecinas les refería los progresos de la agricultura, les daba reglas para obtener dobladas las cosechas y les demostraba su

sistema con una convincente sencillez; a los peones les estimulaba con el ejemplo, les trataba como un padre cariñoso a sus hijos, a los pobres que acudían a él, llevados por la fama de sus bondades, les acogía con tal cariño y les despedía con tanta generosidad, que pronto el nombre de Ocampo era bendecido en muchas leguas a la redonda.

Era un día de fiesta para él, aquel en que se veía rodeado de niños que le preguntaban cómo eran los países que había visitado, si había luna y estrellas y qué flores se recogían en aquellas tierras. Ocampo se aprovechaba de ese hermoso candor infantil, y su plática, llevada al alcance de sus pequeños interlocutores, se convertía en insinuantes lecciones de geografía, astronomía y botánica, que aquellos tiernos seres aprendían como la cosa mas natural del mundo, sin apercibirse de ello.

El elegante literato Jesus Echaiz cuenta que una vez, siendo muy niño, fué a llevar un recado de su ilustre padre D. Mateo para el Sr. Ocampo. Habiendo penetrado al estudio con otro joven de su edad, se olvidó de su encargo, divagando a la vista de las aves perfectamente disecadas, y de libreros euajados de volúmenes que llámaban la atención por su abundancia y por el lujo

de sus pastas. Uno de esos volúmenes sobre todos llamó la atención del niño. Era un gran libro de cortes dorados. Echaiz estendió involuntariamente la mano hacia el precioso ejemplar.

— *C'est votre affaire*, le dijo el Sr. Ocampo, es lo que ustedes necesitan, con ese libro van a divertirse mucho. Y sacándolo del estante, lo sacudió con un plumero encarnado y lo arregló en un atril sobre una mesa de madera fina.

Los niños comenzaron a ver flores tan perfectamente pintadas, que las creían naturales y no daban crédito al filósofo que les decía que no eran mas que estampas.

«De improvise—dice Echaiz—al volver una hoja un poco más gruesa que las demás, apareció a nuestros ojos un pájaro bellissimo, balanceándose sobre una rama y disponiéndose para cantar.

«Y desde aquel punto nos lanzamos en pos de las aves, cada vez mas divertidos hasta encontrarnos con el ave del paraíso, cuyo plumaje de oro nos llenó de admiración, arrancándonos exclamaciones que atrajeron al señor Ocampo. No le sentimos llegar y tuvo ocasión de oírnos establecer con toda familiaridad, que el paraíso existía real-

mente y que algunos viajeros habían ido allá.»

Sonrió el filósofo y les dijo:

—En efecto, a la edad de ustedes existe el paraíso.

*
* *

Bien pronto la reputación de sabio del señor Ocampo pasó las lindes del distrito de Maravatío y se estendió por todo el Estado. En las elecciones del año de 1842 el pueblo le llamó a ocupar un asiento en el Congreso general. Antes de marchar a cumplir con su encargo, espidió una notable circular a los Ayuntamientos de Michoacan, pidiéndoles que le manifestasen sus principales necesidades y desenvolviéndolo un brillante programa, en el que ofrecía todo su empeño en favor de la instrucción pública, que desde entonces era su pensamiento dominante. En aquella circular se traslucían claramente las tendencias del joven diputado a introducir la reforma en México por medio de un sistema más ampliamente liberal.

Este documento llamó sobre manera la atención pública en el Estado y dió a conocer lo que

el señor Ocampo podia valer, rigiendo sus destinos. Desde entónces, el partido puro de Michoacan no tuvo otro candidato para el gobierno.

Su profunda instruccion, la firmeza de sus principios, su conversacion insinuante y amena, su trato finisimo, le grangearon bien pronto la amistad de cuantos en México figuraban en primer término en todas las clases de la sociedad.

Sin que sus discursos brillasen por la forma literaria, habia en ellos una argumentacion tan sólida, una tan clara esposicion de los principios y una lógica tan severa y tan convincente, que el señor Ocampo conquistó con mucha facilidad un lugar distinguido entre los oradores de la Cámara.

Nos basta haber citado esa fecha memorable —1842— para que nuestros lectores recuerden que el Sr. Ocampo perteneció a uno de los congresos más notables en la historia de nuestro país. Convocado en cumplimiento de la 4.ª base de Tacubaya, su mision era la de constituir a la nacion que en esa vez escujo para que la representasen a los hombres mas distinguidos como Ocampo, Otero, Gordoá, de la Rosa, Morales, Ramirez, (D. Fernando), Lafragua, Ceballos, Baranda y Gómez-Pedraza.

Los agentes del poder ejecutivo, asustados de la opinion dominante en el Congreso, que queria dar un paso mas avanzado en el sendero de las instituciones democráticas, como lo demostraban claramente los discursos de Ocampo, Lafragua y otros, comenzaron a agitar el país, promoviendo manifestaciones que tenian por objeto que los constituyentes aceptasen la política *del justo medio*, y en las que se les marcaba adoptaran una ley fundamental que fuese una amalgama de la Constitucion de 1824 y de las bases de Tacubaya.

La marcha parlamentaria de aquel Congreso demostró evidentemente al Gobierno que nada podia debilitar el patriotismo y energía de los diputados. Santa Anna se retiró a Manga de Clavo, como acostumbraba hacerlo siempre que tramaba algun golpe de Estado, y su sustituto el general Bravo disolvió aquel célebre Congreso el 19 de Diciembre de 1842. La Cámara se habia instalado el 10 de Junio de ese año; el 15 de Noviembre comenzó la discusion del proyecto de la nueva constitucion, y el 11 de Diciembre, *veintinueve* vecinos del paeble de Huexotzingo se pronunciaron, desconociendo al congreso y pidiendo que una *junta de notables*, nombrada por el

Ejecutivo formase la constitucion. La guarnicion de México secundó este inconcebible plan y el general Bravo lo ejecutó. Los diputados, al encontrarse cerradas las puertas del salon de sus sesiones se reunieron en la plaza de armas, y allí, en medio de un numeroso pueblo, protestaron solemnemente contra esta violencia. La persecucion se desató contra muchos de los representantes: los Sres. Ocampo, Gonzalez Urueña y otros varios, volvieron a Michoacan por caminos escusados, en virtud de avisos secretos que les aconsejaban estas precauciones.

Tan brillantes dotes, que no siempre se encuentran todas reunidas en los hombres públicos, hicieron que mas tarde (12 de Agosto de 1846) el gobierno general le nombrase gobernador del Estado de Michoacan. Recuérdese que este nombramiento emanó del gobierno establecido en México, en virtud del pronunciamiento en la Ciudadela del general Salas, contra la administracion conservadora de Paredes.

El partido liberal que veia invadida nuestra frontera del Norte por las armas americanas, que miraba avanzar a los conquistadores, sin que el gobierno de la nacion se ocupase activamente de la defensa, empeñado mas bien en conservar

los intereses del bando que lo sostenia; se vió precisado a recurrir a la revolucion para organizarse y hacer frente a la lucha. Tomaron parte en ese patriótico movimiento hombres tan intachables como D. Valentin Gomez Farías, y se proclamó de nuevo la Constitucion de 24, código imperfecto, pero que en aquel tiempo constituía la bandera de los republicanos.

Tales eran las circunstancias del país, cuando el Sr. Ocampo vino a encargarse del gobierno de Michoacan, acto que tuvo lugar el cinco de Setiembre del año citado.—Uno de los artículos del plan de Jalisco que derrocó a Paredes mandaba convocar al pueblo para las elecciones, tan luego como el país recobrase su libertad. Ocampo expidió aquí la convocatoria, y el 25 de Noviembre del mismo año, la 7.^{ta} legislatura del Estado le declaró gobernador constitucional del mismo, por el voto casi unánime de los michoacanos.

Activo é inteligente, se dedicó sin descanso a reunir los elementos de guerra de que aquí podia disponerse para que Michoacan tomase dignamente la parte que le correspondia en la guerra contra los americanos.

Entónces se formó el batallon *Matamoros*,